

EL ECO DEL ÁGÜEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM., SEIS MESES 12 IDEM., UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La mantilla*, Francisco Gras.—II. *El sombrero*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *Los adoradores del diablo*, Ernesto de Silva.—IV. *El talento*, Jorge Rendon Goodshire.—V. *El alma del poeta*, J. J. Herrero.—VI. *Los poetas*, Constantino Lombart.—VII. *La dicha es breve*, Enrique Sierra Valenzuela.—VIII. *A una Magdalena*, Andrés Corzuelo.—IX. *La tarde del jardín*, Antonio Rojo y Sojo.—X. *Rimas*, Arturo Rosal de la Vega.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA MANTILLA.

¡Viva la gracia! Hé aquí la frase que se escapa de los labios de todo hijo de madre al dar con una rumbosa niña ataviada con la graciosa mantilla de terciopelo ó de transparente tul.

La mantilla... ¡oh! ¡bendita sea! Ella es el divino trapo cantado por todos los poetas de la tierra; el trapo que enloquecía á Byron á pesar de ser inglés de pura raza; que sacaba al sesudo Chateaubriand de sus casillas, como consigna él mismo en sus viajes, que arrebatava al bueno de Arolas, olvidándose de sus hábitos talarés; que fué el tormento de Wenceslao Ayguals de Izco, de Arjona, Ribot y Fonséré, y fué y sigue siendo la ilusion de Victor Hugo y de otros muchos que vivieron antes, como exclamaria Espronceda, que también era de los que no les iba en zaga.

¡La mantilla! ¿Habeis visto alguna comedia de costumbres en que ella no luzca el principal papel?

Allí en donde la mantilla aparece, principia el enredo, la cita recatada, los celos fingidos, la tapada que se escapa, el misterio que seduce, el galán que espera y desespera, el rapto meditado, la carta olvidada, el embozado al pié de la reja, la dueña velando en los miradores, el beso en la sombra y la sorpresa en la calle.

Ella es el *non plus ultra* de los atavíos españoles. Las brillantes diademas, las encarnadas *nubes*, los transparentes *céfiros*, los *comfortables* apotes de terciopelo y los ridículos sombreros

no representan nada en nuestra clásica tierra. Son plantas exóticas, como diría un botánico. Allí en donde las mujeres son divinas estatuas de hielo, lánguidas como los *willis* de los sepulcros, coronadas de rizos de oro que sombrean sus pupilas de color de cielo, se comprenden los atavíos que hemos enumerado, que la moda nos ofrece y que los extranjeros nos recomiendan; pero en España, en que las mujeres ostentan el amor en sus negros y rasgados ojos, en los encendidos labios la arrobadora sonrisa, que son manojos de rosas desde la planta al cabello, y aéreas, amorosas, apasionadas, elegantes por naturaleza, les basta la juguetona mantilla y una flor suspendida entre las trenzas para parecer las mujeres más hermosas de la tierra y ser los séres más amantes y adorados de la creación.

Los árabes eran unos guapos mozos, aunque la inquisición se empeñó en demostrar lo contrario. Ellos nos hicieron tres preciosos legados de los cuales no estaremos nunca bastantemente reconocidos: la mantilla, las morenas y las palmeras.

Allí en donde la sal nace á terrones, brota la palmera, trisca la morena y se ostenta la mantilla. Por eso han dado en llamar á la ardiente Andalucía la tierra de María Santísima, porque ella fué morenita como rezan los cantares; hay palmeras en Sion y si no ondeó la mantilla en Galilea en cambio la atavía con ella en los altares el católico pueblo español.

La mantilla, el brasero y la capa, forman una trinidad indispensable en toda familia española. Sin ella no hubiera escrito D. Ramon de la Cruz sus chispeantes sainetes, ni hubiera Goya trasladado al lienzo las ferias de Maravillas y



los galanteos del Pardo, ni Perico el Ciego hubiera tenido razon de ser, ni la graciosa Malibrán hubiera sacado de quicio á los extranjeros con sus danzas nacionales, ni Agustina Zaragoza hubiera demostrado cómo se sabe luchar por el autor y por la patria.

La mantilla representa el gran papel en la historia de las damas españolas. Isabel de Segura rebujada con ella pasó desapercibida entre el entierro de su amante y pudo entregarle con un solo beso el alma; D.^a Elvira se introdujo por medio de la mantilla en el calabozo de Macías á ofrecerle la libertad; el velo ostentó la renombrada Estrella de Sevilla, tan cuitada como bella, é igualmente la noble María de Padilla, y D.^a Juana la Loca y otras tantas heroínas del libro del amor de los amores.

La pobre muchacha que en nuestra tierra la desconoce, que ignora su valor y nunca se ha ataviado con ella, merece compasion.

—Créame V., me decia una niña tan desheredada como linda, si pudiera un dia salir á la calle con mantilla, me volveria loca de alegria. La pobre murió sin ver realizadas sus aspiraciones; pero su abuela tuvo el capricho de enterrarla con su velo. ¡Qué radiante de gozo debería subir su alma á la gloria velando su rostro la mantilla, que era su perpétuo sueño aquí en la tierra!

La mantilla y solamente la mantilla es el atavío de la amante desposada, el signo de la señora mayor, el paño de lágrimas de la llorosa viuda, el escapulario de la jamona sin pretendientes, el distintivo de la bulliciosa modista, gloria de los horteras y consuelo de estudiantes, y el pensamiento eterno de la enjaulada colegiala que detesta con el alma el sombrero de anchas alas que la afea y oculta sus hechizos.

Y como ese gracioso velo español se amolda á todos los actos de nuestra vida, tanto lo admirareis en la misa de la alborada, velando el rostro de la confusa monja penitente que confiesa sus extravíos al pié del confesonario, como allá entre dos luces la vereis ondear juguetona y llamativa suspendiéndose en las trenzas de las pobres Magdalenas que pasan y repasan la acera delante de los cafés.

Y como si todo cuanto hemos dicho no fuera bastante, añadiremos que ella es la reina de todas nuestras fiestas nacionales; con ella se atavia la culta señorita madrileña para asistir á las verbenas de S. Antonio de la Florida y del bendito S. Juan; con ella acuden las graciosas hijas del Guadalquivir á las celebradas ferias de Sevilla; con su par de claveles en las trenzas y con la mantilla terciada preside la maja de sangre neta nuestras corridas de toros, como presidia la dama de la Edad media los torneos espa-

ñoles; con su mantilla blanca y ricamente ataviadas bajan las preciosas niñas del llano de Barcelona á las fiestas de la capital del Principado, como igualmente las humildes lugareñas ostentando sus trajes domingueros ondean su humilde mantilla, bailando despues el picaresco fandango á la luz de las estrellas, prestando al aire la sedosa trenza y el flexible velo.

Y ella es la reina de las zambras gaditanas, de los bailes de candil, de los bulliciosos bautizos y de las citas á hurtadillas al pié de los altares, que tanto abundan en esta tierra de leyendas, de algaradas y amorios.

Por esto el dia que nos han parecido más hermosas y elegantes nuestras damas tanto en Madrid como en Barcelona y en cuantos puntos hemos tenido ocasion de verlas y admirarlas, ha sido en la mañana del Viernes Santo. ¡Sabeis la causa de ello? Es muy sencilla; porque aquel dia todas recoren los templos ostentando la imprescindible mantilla y vestidas de riguroso luto.

Tal vez alguno al leer estas líneas esclamará haciendo un gesto repulsivo: ¡la mantilla! ni vale la pena de ocuparse de ella ¡es tan cursi! si elogiásemos al ménos los aristocráticos sombreros de terciopelo con plumas blancas!...

Llamad cursi á la pobre mantilla de nuestra tierra, contemplándola con desden y elogiando todos los trapos extranjeros y las ridículas modas parisienses: suprimidla en hora buena; pero al hacerlo rasgad las obras de nuestros mejores poetas, dad al olvido nuestros cantares y bailes nacionales, haced astillas la guitarra, derribad nuestros envidiables museos, suprimid las verbenas, entregad á las llamas *Las Virgenes* de Murillo y *La Vicaria* de Fortuny, suprimid del libro de la historia patria el nombre de nuestros mártires, de nuestros héroes y de nuestros artífices, acabad con nuestras mujeres, dad al olvido las glorias de Bailén y del Callao, porque la mantilla es algo más que la mantilla, porque ella es, ha sido y será eternamente en nuestra España el pabellon nacional.

FRANCISCO GRAS.

EL SOMBRERO.

Dicen los filósofos pesimistas que lo inventó un hipócrita para ocultar con él la ruindad del alma, que á despecho suyo, se retrataba en su rostro como en un fidelísimo espejo; pero los sombrereros, volviendo, por el buen nombre de su profesion, declaran calumnioso tal aserto y afirman que tuvo un objeto menos vil y más práctico; el de proteger la cabeza contra los rigores atmosféricos.

Con decir que desde que hubo hipócritas ó estaciones, hubo tambien sombrero, queda dicho todo respecto á la antigüedad y universalidad de su uso.

Cierto es, que Herodoto cuenta que los egipcios de su tiempo llevaban siempre la cabeza descubierta y que por efecto de esta costumbre la tenían casi tan dura como si hubiesen nacido en Aragon, pero los monumentos que de aquella remota época han llegado hasta nosotros, lo desmienten, porque representan á los hombres, á las mujeres y hasta las mismas esfinges con un tocado demasiado conocido para que nos detengamos á describirlo. El uso de cubrirse la cabeza, fué costumbre general en casi todos los pueblos antiguos, que miraban lo contrario como una muestra de aflicción y de sentimiento.

Los griegos tenían no una, sino muchas clases de sombreros; el *scyadion*, propio de los habitantes de las ciudades, el *petasus*, usado por los viajeros, el *tesaliano* con el cual se adornaban las lindas hijas de Heleno, y el *arcadio* que menciona Teócrito, especie de boina, peculiar á los campesinos.

Con el *scyadion* puesto, aparecen esculpidos los ginetes de la procesion panatenea del Partenon; Mercurio, Ulises, Teseo y Alejandro Magno llevan el *petasus* en algunos encausticos y por ultimo son innumerables los vasos, los camafeos, las medallas que representan á Diana con el *tesaliano* y á Apolo con el *arcadio* á las espaldas pendiente del cuello por el barboquejo.

Los primitivos romanos desconocian por completo el tocado, y para preservar la cabeza del frio, del sol y de la lluvia, se la tapaban con una punta de la toga, pero sus descendientes trocaron tan incómodo uso por el del gorro, *pileus*, que llegó á ser, con el tiempo, emblema jurídico de la libertad.

Así el acto de manumitir á un esclavo, se expresaba con la frase de *vocare servum ad pileum*, esto es, darle el gorro que solo las personas libres tenían derecho á llevar.

Trás del gorro, adoptaron el sombrero, acerca de cuyo uso no convienen los arqueólogos.

Afirman unos, que lo llevaba toda clase de personas, no solo en el campo, sino en la ciudad y aun dentro de casa, fundándose en el testimonio de Suetonio que refiere esta costumbre de Augusto. Otros, por el contrario, que niegan lo usasen los habitantes de las ciudades y se fundan en que las artes plásticas, sobre todo la estatuaria, no representan con sombrero más que á los esclavos, á los pastores y á los campesinos.

Sin decidirnos nosotros por la primera opinion, puesto que el mismo relato de Suetonio, alegado en su favor es contraproducente, y demuestra que el llevar puesto el sombrero dentro de casa, era una extravagancia de Augusto porque ha haber sido costumbre general, no habia para que notarlo, rechazamos la opinion en que se apoya la segunda.

De que la estatuaria antigua haya representado sin sombrero á los Mários y á los Cicerones, no puede deducirse en buena lógica que no lo usasen, ó razonando *á pari*, nuestros nietos habrian de decidir que tampoco lo usamos nosotros al presente.

A los escultores de todos los tiempos, parece como que ha repugnado cubrir la cabeza de sus estatuas, velando así la magestad de la frente, sede convencional de la inteligencia, belleza la más espiritual de la materia, si se nos permite decirlo.

Es esta una costumbre que nació con el arte y morirá con él; costumbre que se ha hecho ley y que observamos do quiera que la figura humana, tallada en mármol ó fundida en bronce, se eleva sobre un pedestal. Ahí están para probarlo, entre otras mil, las estatuas de Cervantes, Murillo, los dos Felipes, Daoiz, Velarde y el mismo Mendizabal.

El sombrero ha sufrido, desde su origen hasta nuestros días más transformaciones que años cuenta de existencia.

A España vino por primera vez, en los últimos tercios del siglo XIV, afectando una forma semejante á la de los modernos calabreses. Carlos I introdujo la moda del sombrero bajo y estrecho de alas, que Felipe II abandonó por el histórico cubilete. En tiempo de Felipe III se recordó que el sombrero estaba destinado á dar sombra y se le cercenó de copa para ensancharlo de atas. Este fué, de allí en adelante, el sombrero pacional y tal apego le mostró el pueblo, que por conservarlo, se amotinó contra el célebre marqués de Squilace.

A pesar de todo su prestigio, algun tiempo más tarde, cayó destronado por el de *tres candiles*. A este reemplazó el de *medio queso* que ha inmortalizado Goya, y por último vino el de copa alta que felizmente reina.

¡El sombrero comenzó por hacer sombra y ha concluido por hacer... reir!

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

LOS ADORADORES DEL DIABLO.

(DEL INGLÉS.)

Mas allá de Mardin y no muy lejos del lugar donde se levantó la soberbia Nimive, en un país salvaje llamado Sindjar, vive un pueblo que adora al diablo.

Los Yezidis, que así se llama este pueblo, pertenecen á una secta persa que profesa la religion de Arimanes ó principio del mal. Los Yezidis confiesan que la misericordia de Dios es infinita, como su sabiduria; pero al mismo tiempo, rinden culto á Satanás; porque para ellos es un artículo de fé que el principe de las tinieblas volverá á ocupar algun dia el puesto que perdió por su desobediencia.

¿Porqué ultrajar al demonio? dicen; ¿porqué interponerse entre un ángel caido y su soberano?

¿Acaso Dios tiene necesidad de que nosotros maldigamos á quien él castiga? ¿No puede suceder que le perdone?

Esto sería lo mismo que atacar á un favorito caido en desgracia, á quien tal vez mañana el Sultan vuelva á llamar á su lado.

Los turcos de la Mesopotamia esplican diferentemente las causas de la religion de los Yezidis. Estos, dicen, viendose llenos de crímenes, temen más que los otros hombres, los tormentos del infierno y procuran hacerse querer por el diablo, dándole culto mientras viven, para que sea más benigno con ellos cuando caigan precipitados en el abismo.

El diablo, segun dicen, es bello, magestuoso, nada ha perdido de su sublimidad, pero tiene en su

fisonomía algo de triste que le hace menos hermoso que antes de su caída.

¡Desdichado del que blasfema contra el demonio en el país de los Yezidis! Si lo oyen, lo apedrearán inmediatamente.

Cuando sus quehaceres los llevan á las ciudades turcas, la mayor afrenta que puede hacerseles es hablar mal del diablo en su presencia; y si el que tuvo esta imprudencia, es encontrado en medio de un camino por un Yezidi, está perdido sin remedio.

En más de una ocasión, el Yezidi, arrestado por la justicia turca, ha preferido la muerte á maldecir á Satanás.

ERNESTO DE SILVA.

EL TALENTO.

Palabra sonora, fácil de pronunciar y más elástica que aquellas botas de siete leguas, que, según Perrault, se adaptaban perfectamente á los pies de todo el que se las ponía.

Pero díganme VV. que es talento, en que consiste, donde se halla y cómo puede conocerse.

¿Nace en una bohardilla para vejetar en la miseria y morir en el hospital, ó lleva guantes, hace transferencias y se emborracha con *Xeres Wine*?

Quisiera saberlo, porque el talento, los cisnes negros y la amistad, son las cosas de que he oído hablar con más frecuencia.

Cuando el doctor X. toma la palabra en una reunión y durante horas enteras profiere las blasfemias científicas más horribles, dando puntapiés á la gramática, bofetones á la lógica y mordiscos al sentido común, oigo decir á los que le escuchan: ¡Qué talento tiene!

Luego el talento es la ignorancia, la desvergüenza y la charlatanería.

Cuando el periodista H. escribe un libelo infamatorio empleando el puñal en lugar de la pluma y el veneno en lugar de la tinta, oigo decir á los que lo leen: ¡Qué talento tiene!

Luego el talento es la envidia, el odio, la calumnia.

Cuando D.^a Fulana de Tal, que es en extremo afable, modesta y simpática, pero que podría casarse con Salomón sin necesidad de dispensa, abre la boca, oigo decir á todos sus amigos: ¡Cuánto talento tiene esta señora!

Luego el talento es la bondad, la modestia y la dulzura.

Cuando D. Zutano de Cual, que lee mucho y escucha á los que hablan pero á los que hablan bien solamente, recita lo que ha leído ó ha oído contar, oigo decir á los que le rodean: ¡Es hombre de mucho talento!

Luego el talento es la coquetería y la vaciedad.

En resumen, el talento se parece al dios de los panteístas. *Todo es Dios*, dicen estos; *todo es talento* digo yo.

Pero no, una cosa hay que no es talento. El afán de demostrarlo cuando no se tiene.

JORGE RENDON GOODSQUIRE.

POESÍA.

EL ALMA DEL POETA.

La pálida azucena de los valles
Recoje cuidadosa,
Como en copa de plata, dulce vino,
Su plácido perfume en su corola.

El viento presuroso, en su carrera
Con la azucena choca,
Y al rozarla, derrama sus perfumes
Cual cae el vino al inclinar la copa.

¡Ay! como la azucena de los valles,
El alma del poeta, guarda ansiosa
Sus preciados perfumes, que derraman,
De la vida, las brisas borrascosas.

J. J. HERRERO.

LOS POETAS.

(Traducción.)

Angeles son los poetas que pecaron,
Que por castigo al mundo Dios destierra,
Y que viven aquí en perpétua guerra
Desde que de su patria se alejaron.
Por compasión las alas les dejaron
Que para nada sirven en la tierra,
Donde su planta al fango más se aferra
Cuánto más por su patria suspiraron.
¡Oh, tú! que en el castigo á mí te igualas,
Y llevas trenzas de oro, y en tu anhelo
Tiernos suspiros por tu patria exhalas;
Abandona un instante tu desvelo,
Deja el mundo conmigo, abre las alas,
Y, volando... subámonos al cielo.

CONSTANTINO LLOBART.

LA DICHA ES BREVE.

Del risueño placer tras el halago
Corrí afanoso, de gozar sediento;
Y vi que es el placer onda que el viento
Alza al tender su vuelo sobre el lago.
Seguí mi ruta, y el dolor aciago
Turbó mi alma con su impuro aliento:
Y vi que es el dolor firme y violento,
Como es el goce transitorio y vago.
En la senda del mundo peregrino,
Mi soledad y mi dolor deploro
Y un rayo de placer busco sin tino,
Mas ¡ay! en vano mi tristeza lloro,
Y si un goce vislumbro en mi camino,
Es breve cual la luz de un meteoro.

ENRIQUE SIERRA VALENZUELA.

A UNA MAGDALENA.

Tanto te he visto llorar,

Ya de veras, ya fingiendo,
Que no puedo descifrar
Si el llanto, que estás vertiendo
Es de alegría ó pesar.

Dices que lloras al ver
Que ya nuestro amor acaba;
Pero hace falta saber
Si el saber que yo te amaba
Te daba pena ó placer.

Quedamos, pues, vida mía,
En que no sé si ese llanto
Es de pesar ó alegría;
Pónme, por lo tanto, al tanto
De esas lagrimas, María.

ANDRÉS CORZUELO.

LA TARDE DEL JARDIN.

En una tarde del florido mayo
pasé por tu jardin;
no quiero confesar que ansiaba verte,
confieso solamente que te ví.

De un inhiesto rosal tierno capullo
tu mano me ofreció,
y al aceptarle, henchido de alegría
palpitaba gozoso el corazon.

Era niño; soy hombre; me hallo léjos
del sitio en que te ví,
y aun no puedo olvidar un solo instante
aquella hermosa tarde del jardin.

Prendí el capullo, que murió bien presto,
junto á mi corazon,
y hasta hay quién dice que murió abrasado
en el naciente fuego de mi amor.

Pero á quien tal afirme, no le creas;
si amor matára así,
¿queriéndote, bien mio, cual te quiero
pudiera acaso con tu amor vivir?

ANTONIO ROJO Y SOJO.

RIMAS.

Lloro y las triste lágrimas consumen
Mis cárdenas megillas,
Y ella sigue impassible, sin que el alma
Mueva del corazón las tiernas fibras.

Canto y las cuerdas del laud sonoro
Esparcen funeral melancolía,
Y ella sigue la faz iluminando
Con su perenne celestial sonrisa.

Sufro el embate de tormenta fiera,
Cuando se enciende el corazón en ira,
Y las nubes se alejan de su rostro
Y ni con besos á la paz me brinda.

¡Ay! que vivo en amores con la luna,
Que en noches pardas silenciosa brilla,
Sin que cure de lágrimas ni cánticos,

Ni del que triste en su penar suspira.

ARTURO ROSAL DE LA VEGA.

NOTICIAS.

Con sumo placer publicaríamos el soneto «Al Guadarranque» que nos remiten de San Roque, si el autor no hubiera olvidado firmarlo. Estampe su firma al pié de la linda composicion el anónimo remitente, y «El Eco del Águeda» la dará á conocer al público.

La compañía del teatro de la Zarzuela se ha servido poner á nuestro disposicion una localidad para las representaciones del abono actual.

Estimamos en lo que vale tan galante obsequio y sentimos que nos impidan aceptarlo nuestras muchas ocupaciones.

Los novillos que han de correrse en los tres dias del próximo carnaval, pertenecen á las ganaderías de Manuel Castraz, José Toribio, y Celestino Hernandez.

Anoche se verificó el enlace del médico militar Sr. Unzeta con la Srta. D.^a Nemesia Gutierrez Vega.

Suplicamos á nuestros suscritores de fuera que no han recibido á tiempo el número anterior, nos dispensen una falta que no hemos podido evitar. La circunstancia de no haber sellos ni papel timbrado en esta administracion, ha sido causa del retraso que lamentamos.

En la última representacion dada por la compañía lírico-dramática del Casino mirobrigense, la simpática Sra. Masi obtuvo un verdadero triunfo. Indescriptible es el entusiasmo que supo escitar en el público; murmullos de aprobacion, ruidosos aplausos, llamadas á la escena, cartuchos de dulces, todo se lo prodigó con tal exoptaneidad que bien puede lisongearse la distinguida artista de haber alcanzado lo que ninguna otra hasta el dia en este teatro. Felicitámosla de todo corazón y le deseamos tantas ovaciones como sus eminentes dotes merecen.

Son incesantes las reclamaciones que nos dirigen nuestros suscritores, quejándose de que «El Eco del Águeda» no llega á sus manos sino de tarde en tarde. Como quiera que nosotros lo enviamos con puntualidad, no acertamos á esplicarnos el hecho, sin admitir la misteriosa intervencion de ciertos entes, que demuestran haber estudiado con gran aprovechamiento la ciencia de Robert-Houdin.

El dia 5 del corriente, falleció Bonifacio Mambloña de la Camara, (a) Pacho.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL ECO.
plaza Mayor, núm. 20.

SECCION DE ANUNCIOS.

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y ARTES.

VEÁNSE LAS CONDICIONES EN LA PRIMERA PLANA.

ANUARIO-ALMANAQUE

DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA EN ESPAÑA
Y ULTRAMAR,
de D. C. Bailly Bailliere.

Se halla en prensa el primer volumen que comprende: Madrid, guía oficial, aranceles, tarifas, etc.. Será servido á los Sres. Suscritores en un plazo muy breve. El segundo volumen que comprende: provincias, ultramar y extranjero, se servirá seguidamente. Se admiten anuncios de provincias y suscripciones en general, en casa del representante D. Isaac de la Vega, Consuelo, 18, Salamanca.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

En la redaccion de «El Eco del Águeda,» se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administracion central.

EMPRÉSTITO

DE 175 MILLONES DE PESETA.

SE COMPRAN LÁMINAS DE DICHO EM-
préstito, esten enteras ó solamente los nueve
décimos, á los precios siguientes:

Láminas completas, ó sean con los diez dé-
cimos al 23 por 100.

Idem con los nueve últimos décimos al 20
por 100.

Tambien se compran recibos provisionales
de dicho Empréstito ó sean los talonarios cedidos
por las Recaudaciones de contribuciones, pa-
gándolos á diferentes precios segun sus fechas.

En la imprenta de este periódico se dará
razon á los interesados.

EL MATRIMONIO EN ROMA,
ENSAYO HISTÓRICO-JURÍDICO
POR FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

Un elegante volumen en 8.°, encuadernado á la

rústica. Se vende á 6 rs. en toda España y 5 para
los suscritores á EL ECO DEL TÓRMES. Los pedidos al
autor, Patio de Escuelas, 4; ó á la libreria de don
Eugenio Calon, Zamora, 3.—Salamanca.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 5 de Febrero.—Trigo
candeal, de 44 á 46 rs. fanega.—Id. barbilla, de 40
á 42 id.—Centeno, de 26 á 28 id.—Cebada, de 24 á
26 id.—Algarrobas, de 20 á 22 id.—Garbanzos, de
70 á 100 id.—Patatas, de 2 á 3 reales arropa.—Acei-
te, de 55 á 65 reales cántaro.—Harinas, de 1.° á
16 rs. arropa.—De 2.° á 15 id.—De 3.° á 13 id.—
De 4.° á 8 id.—Menudillo á 6 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

En la libreria de Angel Cuadrado, se ha reci-
bido un gran surtido en libritos de papel para
fumar, legitimo hilo, de la gran fábrica modelo
de Alcoy, «LA INNOVADORA.»

Precio de la gruesa 24 rs.

MEMORIAS

DE LA

PACIFICACION,

POR

SATURNINO GIMENEZ ENRICH.

Un tomo de 248 páginas, 10 rs. en esta librería.

Contiene: Libro primero. El ejército de la
izquierda.—Libro segundo. El ejército
de la derecha.—Libro tercero. Cuartel
Real.

Calendarios AMERICANOS para este año,
conteniendo al dorso en cada una de sus hojas
epigramas, charadas, cantares, refranes, anéc-
dotas, cuentos, etc., etc., muy útil para las
oficinas y despachos, al infimo precio de 3 y
4 rs. uno.

¿Qué le sucedía? Había vuelto á empuñar las armas el rey Francisco? ¿Faltaba por segunda vez á su palabra el rey caballero? ¿Había levantado Barbarroja una nueva escuadra? ¿Habían resucitado Padilla y Acuña? ¿Se sublevaban nuevamente los ganeses?

Nada de esto acontecía; la paz reinaba por entonces en todos los dominios españoles; la tierra callaba medrosa y puesta de hinojos á las plantas del César, y sin embargo, el César estaba ceñudo.

—Llegais á tiempo, marqués, dijo dando á besar su mano, al de Lombay.

—Estoy al mandado de V. M., contestó este arrodillándose.

—¿Hace mucho que habeis llegado á Toledo?

—Un instante, señor.

—Pero... sabreis...

—Hé venido antes de todo á saludaros como cumple á un vasallo leal; con nadie he hablado aun, y aguardo vuestra licencia para ir á besar los piés á mi señora la Emperatriz.

Cárlos de Gante se sonrió de un modo terrible; hacía daño aquella sonrisa amarga como el agenjo, aguda como el filo de un cuchillo.

—Si, duque, si os la doy, pero aguardad, que voy á acompañaros, y pronunció estas palabras con acento profundo.

Luego se levantó del sillón en que estaba sentado, despertando á un enorme mastin que dormía á sus piés.

El marqués de Lombay sentía que una mano de hierro le trituraba las entrañas, adivinaba algo desconocido, algo inesperado, algo horrible.

Cárlos se dirigió á la puerta que ponía en comunicacion su cámara con la cámara de la emperatriz y penetró por ella seguido del marqués.

El mastin que los precedía, dió entónces un ahullido tan lúgubre, tan lastimero, que Lombay sintió que sus cabellos se erizaban, que sus miembros temblaban, que su corazón dejaba de latir.

Sin darse cuenta de lo que hacía, instintivamente, cerró

los ojos.

Cuando los abrió quedó mudo de pavor, sobrecogido de espanto. La emperatriz Isabel, livida, rígida é inerte, yacía sobre su lecho, en torno del cual, chisporroteaban cuatro gigantescos blandones de cera amarilla. El soplo de la muerte había helado aquellos miembros delicados, había amoratado aquella boca de rosa, había apagado aquellos ojos de fuego. La hermosísima portuguesa, orgullo y prez de Lisboa, no era más que un montón de podredumbre que en breve iba á servir de pasto á los voraces gusanos.

—¡Ved lo que somos los reyes!, exclamó Cárlos oprimiendo la mano del marqués que estaba fria, ¡ved en que paran las grandezas humanas!

El marqués escuchó, pero no oyó la amarga reflexion del emperador. Clavado en el suelo, como si fuese de piedra y con los ojos fijos en el cadáver de Isabel, permaneció un instante en silencio. Despues lanzando un alarido desgarrador que hizo temblar al mismo Cárlos, sollozó ¡Muerta!!!

Y cayó de rodillas ocultando el rostro entre las manos.

—Marqués, le dijo Cárlos con tono solemne, disponeos á partir para Granada mañana mismo. Quiero que la emperatriz repose al lado de sus augustos abuelos, y á nadie mejor que á vos podría encomendar la conduccion de su cuerpo. Vos que tanto la habeis amado, y la voz del César adquirió aqui un timbre áspero, hallareis un placer en acompañarla hasta el sepulcro en que ha de dormir un sueño eterno. Levantáos y marchad á disponer cuanto sea necesario.

El de Lombay se levantó penosamente y atravesó la cámara con los ojos extraviados, el rostro horriblemente descompuesto y vacilando como un ébrio.

Al llegar á la puerta, estendió las manos para buscar un punto de apoyo y sostenerse en pié, luego se las llevó al corazón, y despues á la cabeza como si quisiese retener su razon que le abandonaba.

—¡Dios os perdone el mal que me habeis hecho! balbuceó dirigiéndose á Cárlos.

Y cayó al suelo, como cae el pino cortado por el hacha del leñador.

La muerte de Isabel, de su vida, tan rápida, tan inesperada, le había anonadado.

III.

¡Estaba escrito!

El dolor que experimentaba el marqués, y los nombres de Isabel, Leonor y Garcilaso que le hemos oído pronunciar al entrar en Toledo, necesitan una explicación.

Francisco de Borja de Aragón, duque de Gandía, marqués de Lombay, era biznieto del rey Fernando V el Católico. Aun no contaba diez y seis años cuando entró á servir en calidad de paje á la infanta doña Catalina, hermana del emperador. De alma ardiente é impetuosa, idólatra de todo lo bello, de todo lo noble, no pudo ver á la emperatriz sin amarla. Harto conocía que corría tras un imposible, que aquella loca pasión que en mal hora concibiera, no había de ser satisfecha jamás, por que el objeto que la inspiraba era demasiado altivo, demasiado puro, para descender hasta él, olvidándose de lo que á su propia estimación debía, como princesa, como mujer y como esposa.

Por eso y desde el punto en que Isabel llegó á Toledo, Francisco de Borja perdió su tranquilidad, apoderóse de él una inquietud y una melancolía extraña, su semblante adquirió una expresión penosa, sus ojos rodeados por un círculo violáceo, perdieron la brillantéz que los distinguía y su boca antes tan risueña y decidora, en vano ensayaba ahora una sonrisa ó un chiste; la sonrisa parecía gesto de dolor, el chiste un quejido.

helado en todos los semblantes y un no sé que de frío y sepulcral, como el aliento de la muerte, corría invisible por los ámbitos del alcázar.

El caballero estuvo tentado á preguntar que sucedía, pero ¿que podía importarle á él? ¿que le importaba la desgracia ajena si él era feliz? Por que entre tantos desgraciados, él era feliz; entre tantos tristes, él estaba alegre, ¡iba á verla y á hablarla!

La dicha y la alegría son egoistas, y nuestro personaje no pensaba sino en sí mismo. Tardábale el verla y apresuró el paso. Llegó por último á la antecámara del Emperador, y apenas hubo levantado el tapiz que cubría la puerta, se oyó resonar la voz del paje de servicio que gritaba con voz clara y distinta.

¡El señor marqués de Lombay!

II.

The flower that smile to-day
to-morrow dies;
all that we wish to stay
tempts, and then flies.
¿What is this world's deliont?
Lightning tha mocks the night
briet even as bright.

Shelley.

Carlos de Gante estaba ceñudo y sombrío. Una nube de dolor arrugaba aquel entrecejo que con un solo movimiento hacía temblar al orbe entero.